

Tarea de Verano – 2020

IB Spanish 5/6

¡Hola! Uds. necesitan hacer unas tareas para estar bien preparados para la clase de Español 5BI. Estas tareas son **para el primer día de clases, el 10 de agosto**. Hagan lo siguiente:

Parte 1:

1. Lean el cuento corto que corresponde a su nombre (vea la pagina 6 de este documento).
2. Llenen el organizador “Ocho Eventos de una Novela” con toda la información requerida. *Llenen cada caja completamente.*
3. Llenen el organizador “Vocabulario Nuevo del cuento” con palabras, expresiones, y términos nuevos del cuento *con su definición en inglés.*
4. Estén listos para hablar sobre el cuento con la clase.

Parte 2:

1. Uno de los temas del programa de lenguas del IB es *Ingenio Humano*. Este tema habla sobre los siguientes aspectos, y mucho más. Escojan uno de estos aspectos y busquen en internet **un artículo en español** sobre el tema elegido.
 - Entretenimiento
 - Expresiones artísticas
 - Comunicación y medios
 - Tecnología
 - Inovación científica

*El artículo tiene que ser entre 400 – 700 palabras

2. Llenen el organizador “Agrupacion de Palabras No. 1” con información del artículo que habrán leído.
3. Hagan una lista original de 50 palabras acerca del mismo tema de que se trata el artículo en inglés y tradúzcanlas al español.

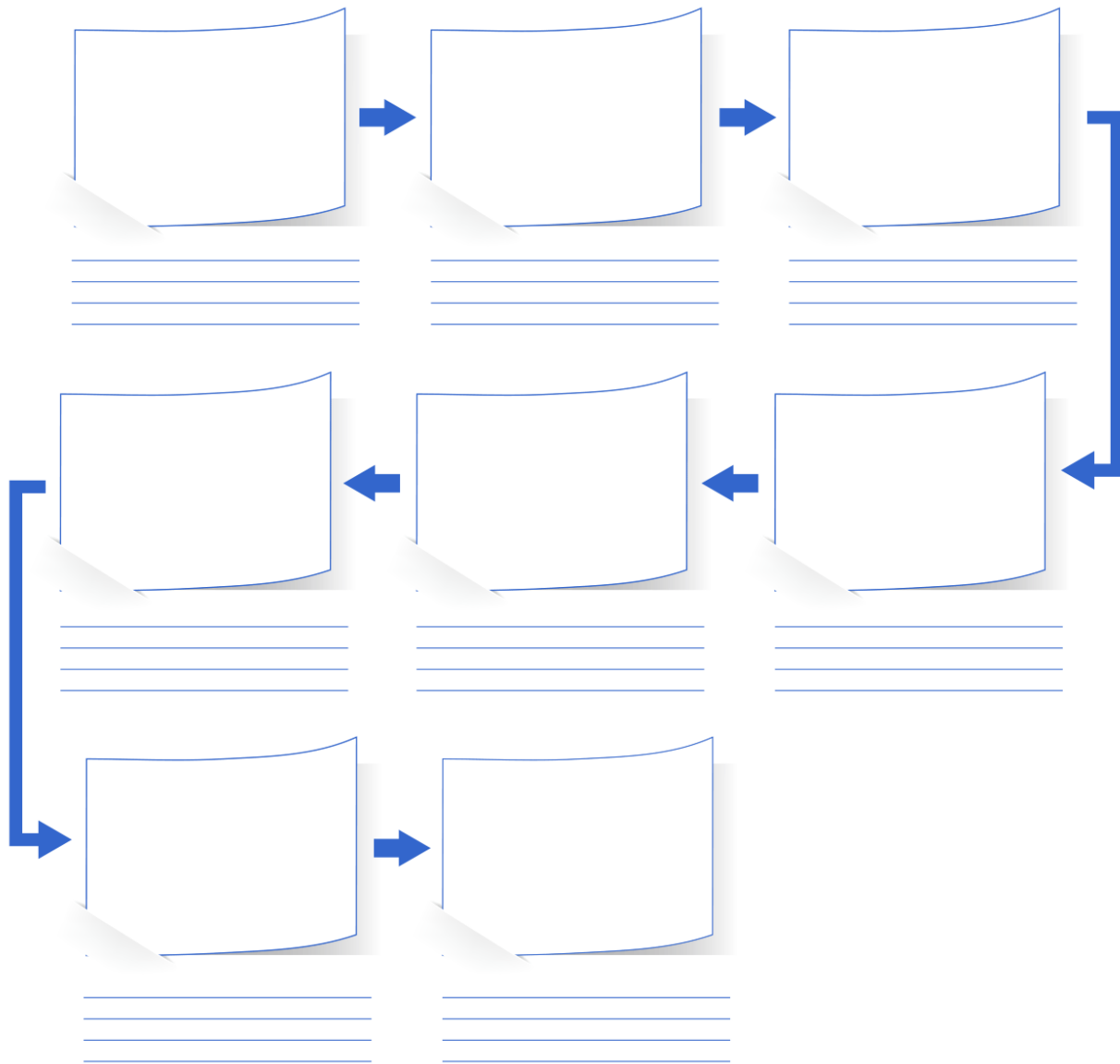
Todo estará escrito en **español.

Todo esto es para el primer día de clases, **10 de agosto 2020

Nombre: Curso: Fecha:

Ocho eventos de una novela

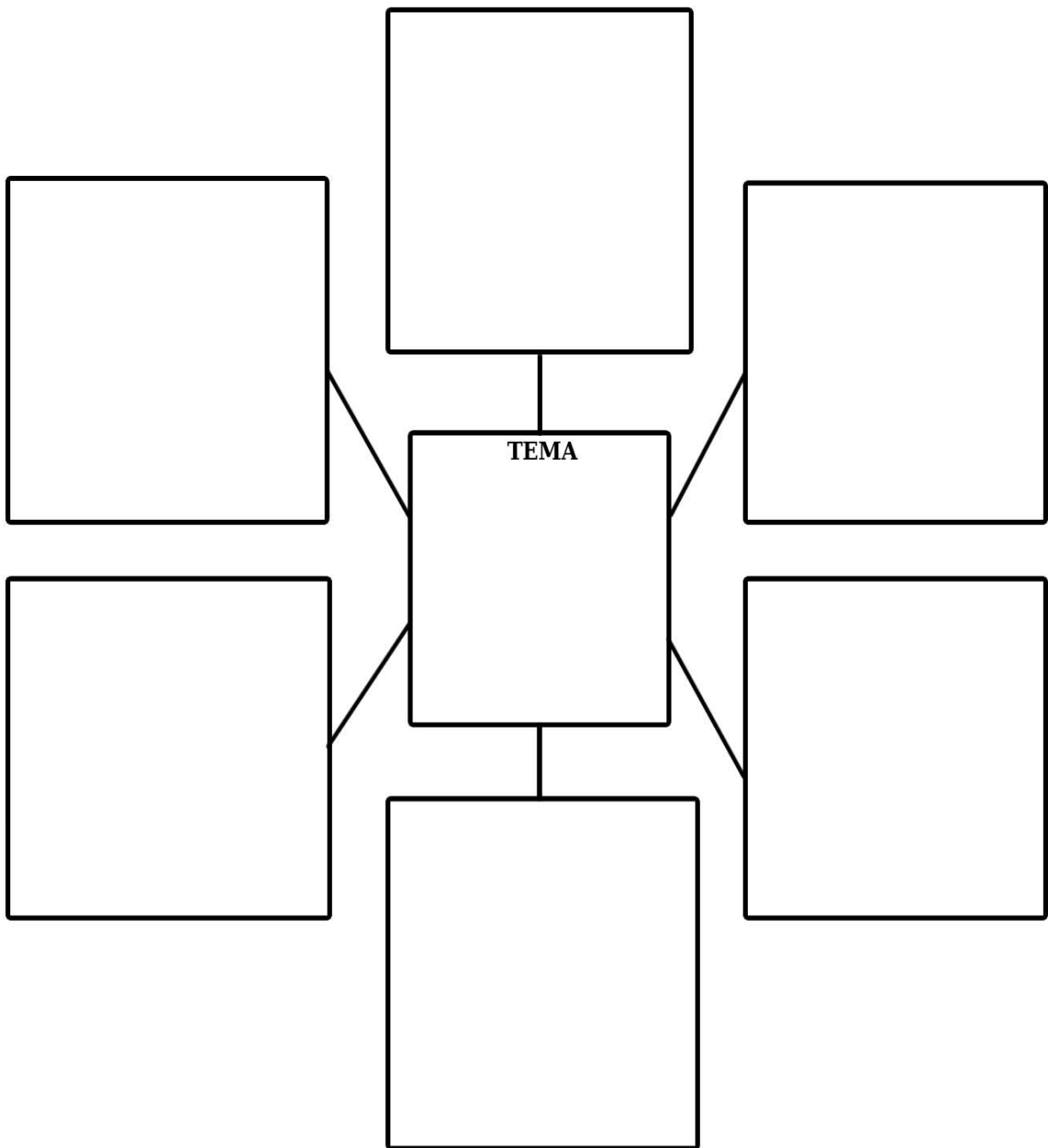
Representa ocho acontecimientos clave de la historia con ocho ilustraciones. Asegúrate de que estén en orden cronológico. Explica con brevedad lo que creas necesario, para que después puedas recordarlo mirando el texto y las imágenes de tu esquema.



NOMBRE _____ **FECHA** _____

AGRUPACIÓN DE PALABRAS No. 1

Escriba el tema en el centro y detalles en cada cuadro.



Nombre: _____

<u>Inglés</u>	<u>Español</u>	<u>Inglés</u>	<u>Español</u>
1.		26.	
2.		27.	
3.		28.	
4.		29.	
5.		30.	
6.		31.	
7.		32.	
8.		33.	
9.		34.	
10.		35.	
11.		36.	
12.		37.	
13.		38.	
14.		39.	
15.		40.	
16.		41.	
17.		42.	
18.		43.	
19.		44.	
20.		45.	
21.		46.	
22.		47.	
23.		48.	
24.		49.	
25.		50.	

Following these documents are 6 short stories in Spanish. You will read one of them to complete the assignment outlines above. Use this chart to see which story you will have the joy of discovering. Find where your name would belong in the range listed in the first row and you will see the name of your short story in the second row. For example, if your name is Tina Bixler, your name, Bixler, falls between 'Anderson and Croce,' therefore you will be reading *La Abuela Inventa el Cero*.

Last Name:	<i>Anderson – Croce</i>	<i>Dal Boni - Halperin</i>	<i>Harper – Koehl</i>	<i>Krzykowski - Miller</i>	<i>Mizrahi - Rodriguez-Saenz</i>	<i>Roessner - Zivcakova</i>
Short Story:	La Abuela Inventa El Cero	Las Medias De Los Flamencos	Día De Examen	Perros Y Liebres	El Rey De Las Ranas	El Velo De La Reina Mab

ANDERSON – CROCE

LA ABUELA INVENTA EL CERO

by Judith Ortiz Cofer

1997

Las familias están integradas por personas con diferentes características. Quizás algunas de ellas puedan parecerle extrañas o extravagantes y convivir con ellas puede resultarte difícil. La protagonista de esta historia se enfrenta a esta situación.

Mientras lees, subraya todas las descripciones de la abuela.



[1]— Me hiciste sentir como un cero, como una nada — dice en español. Está temblando, una viejecita iracunda que casi se pierde en el pesado abrigo de invierno de mi madre. Y a mí acaban por enviarme a mi cuarto, como si fuera una niña, a pensar en los conceptos matemáticos de mi abuela.

Todo empezó cuando mi abuela vino de la isla, de visita; era la primera vez que venía a los Estados Unidos. Mi madre y mi padre le pagaron su boleto para que no muriera sin haber visto la nieve, aunque si me pidieran mi opinión, y nadie me la ha pedido, la aguanieve lodosa de esta ciudad no amerita el precio del boleto. Pero supongo que se merece alguna especie de premio, por haber tenido diez hijos y vivir para contarlo. Mi madre es la menor. Hasta el momento mismo en que se supone recogeremos a la anciana del aeropuerto, mi madre me sigue contando historias sobre lo difícil que fue la vida para la familia en la isla, y cómo la abuela trabajaba de día y de noche para mantenerlos, después de que su padre murió de un ataque cardíaco. Yo también me moriría de un ataque cardíaco si tuviera que mantener a un regimiento como ése. En fin, yo sólo la había visto tres o cuatro veces en la vida, cuando íbamos a la isla a un funeral. Yo nací aquí y he vivido siempre en este edificio. Pero cuando mami me dice: “Connie, por favor sé amable con la abuela. Ya no le quedan muchos años. ¿Me lo prometes, Constanca?”; cuando usa mi nombre completo, sé que habla en serio. Así que le respondo: “Claro”. ¿Por qué no habría de ser amable? Después de todo no soy un monstruo.

Así que vamos al Kennedy¹ a recoger a la abuela, y es la última en bajarse del avión, del brazo del sobrecargo, toda envuelta en un chal negro. Se la entrega a mis padres como si fuera un paquete aéreo. Es el mes de enero, hay más de medio metro de nieve en las calles, y ella lleva un chal negro sobre un vestido negro delgado. Y eso es sólo el principio.

Ya en casa, no deja que mi madre le compre un abrigo porque se le hace un desperdicio de dinero para las dos semanas que va a pasar en el Polo Norte, como llama a Nueva Jersey. Así que con su metro y medio de estatura anda por ahí con el pesado abrigo negro de mi madre, y se ve ridícula. Trato de caminar a cierta distancia de ellos, cuando salimos, para que nadie piense que venimos juntos. Pienso mantenerme muy ocupada durante su estancia, para que no me pidan que la lleve a ningún lado, pero mi plan fracasa cuando mi madre se agripa y la abuela insiste en que debe ir a la misa del domingo, o su alma arderá en el infierno. Es más católica que el Papa. Mi padre decide que él y mi madre se

quedarán en casa, y que yo debo acompañar a la abuela a la iglesia. Me lo dice el sábado en la noche, cuando me preparo para salir con mis amigas.

[5]— De ninguna manera — le digo.

Me dirijo hacia las llaves del auto en la mesa de la cocina: por lo general me las deja allí los viernes o sábados por la noche. Pero me las gana.

— De ninguna manera — me dice, mientras se las echa a la bolsa y me sonríe con malicia.²

No hace falta decir que llegamos pronto a un arreglo. Después de todo, soy responsable de Sandra y Anita, que aún no manejan. Hay un desfile de modas Harley-Davidson³ en el Brookline Square, que no podemos perdernos.

— ¿La misa en español es mañana a las diez en punto, entiendes? — Mi padre juega con las llaves: las sostiene frente a mi nariz, y las aparta cuando trato de agarrarlas. Se está divirtiendo mucho.

[10]— Entiendo. A las diez. Ya me fui. — Desprendo las llaves de sus dedos. Como sabe que se me ha hecho tarde, no opone demasiada resistencia. Después se ríe. Salgo corriendo del apartamento, antes de que cambie de parecer. No tengo idea del lío en que me he metido.

El domingo en la mañana tengo que caminar dos cuadras sobre la nieve sucia para ir por el carro. Lo caliento para la abuela, como me indicaron mis padres, y lo conduzco hasta la puerta del edificio. Mi padre la lleva de la mano, la guía paso a pasito sobre la nieve resbaladiza. Al ver su cabecita con un chongo, que sobresale del enorme abrigo, siento deseos de subir corriendo a mi cuarto y esconderme bajo las cobijas. Lo único que espero es que ningún conocido nos vea juntas. Desde luego que estoy soñando. La misa está atiborrada de gente de nuestra cuadra. Es una ceremonia obligatoria y todos mis conocidos se encuentran allí.

Tengo que ayudarla a subir los escalones. Después de cada escalón se detiene para tomar aire. Luego la conduzco por el pasillo, para que todos puedan verme con mi abuela extravagante. Si yo fuera una buena católica, de seguro me descontaban parte de mi sentencia en el purgatorio por este sacrificio. Ella camina con la lentitud del capitán Cousteau cuando explora el fondo del mar, mira para todas partes, con toda la calma del mundo. Finalmente escoge una banca, pero quiere sentarse al otro extremo. Es como si hubiera elegido ese lugar específico por alguna razón desconocida, y aunque es el lugar menos práctico de la iglesia, allí es donde se ha de sentar. Así que tenemos que pasar entre todas las personas que ya se han sentado en esa banca, diciendo: “Con permiso, por favor, disculpe”, y soportar sus miradas de molestia todo el camino. Para cuando nos sentamos, estoy empapada en sudor. Bajo la cabeza como si estuviera rezando para no ver a nadie y que nadie me vea. Ella reza en voz alta, en español, y canta los himnos con todo lo que le queda de voz.

La ignoro cuando se pone de pie con otro ciento de personas para ir a comulgar. En realidad, ahora sí estoy rezando: pido con fervor que esto termine pronto. Pero cuando vuelvo a levantar la mirada, veo un abrigo negro que arrastrándose da vueltas por toda la iglesia, se detiene aquí y allá para que una cabecita gris pueda asomarse como el periscopio⁴ de un submarino. Se escuchan algunas risas en la iglesia, y hasta el padre se ha detenido en medio de una bendición, con las manos en alto, como si fuera a poner a la congregación a hacer ejercicios gimnásticos.

Me doy cuenta, para mi horror, que mi abuela se ha perdido. No sabe cómo regresar a nuestra banca. Estoy tan avergonzada que, aunque la mujer a mi lado me lanza puñales con los ojos, no puedo moverme para ir por ella. Me cubro el rostro con las manos como si estuviera rezando, pero en realidad lo hago para cubrir mis mejillas ardientes. Me gustaría que desapareciera. Sé que el lunes mis amigos y enemigos del barrio van a contar muchos chistes de abuelas seniles enfrente de mí. Estoy paralizada en mi asiento. Así que la mujer que me quiere matar lo hace por mí. Hace lo posible por llamar la atención de todos al levantarse y apresurarse en ir por la abuela.

[15]No puedo recordar con claridad el resto de la misa. Lo único que sé es que mi abuela se la pasa arrodillada, cubriéndose el rostro con las manos. No me dirige una palabra de camino a la casa, y no me deja ayudarla a caminar, aunque casi se cae un par de veces.

Cuando llegamos al apartamento, mis padres están sentados a la mesa de la cocina, donde mi madre trata de comer algo de sopa. De inmediato notan que algo anda mal. La abuela me apunta, como un juez condenando a un criminal. Dice en español:

— Me hiciste sentir como un cero, como una nada. — Luego se va a su cuarto.

Trato de explicar lo ocurrido:

— No entiendo por qué está tan molesta. Lo único que pasó es que se perdió y estuvo caminando por la iglesia un rato — les digo, pero hasta a mí me suena insatisfactorio. Mi madre me echa una mirada que me hace encogerme y va al cuarto de la abuela para escuchar su versión de los hechos. Sale con lágrimas en los ojos.

[20]— Tu abuela me pidió que te dijera que de todas las cosas que puedes hacer para lastimar a alguien, la peor es hacerle sentir que no vale nada.

Siento que me hago más y más pequeña. Pero no me atrevo a decirle a mi madre que creo entender cómo hice sentir a la abuela. Podría mandarme a su cuarto a disculparme, y no es fácil admitir que te has portado como una idiota, por lo menos no en ese momento, enfrente de todos. Así que me quedo allí sentada, sin decir nada.

Mi madre me mira largo y tendido, como si le inspirara lástima. Luego dice:

— Constancia, deberías saber que, si no fuera por esa anciana, cuya existencia no pareces valorar, ni tú ni yo estaríamos aquí.

Entonces me mandan a mi cuarto a reflexionar sobre un número en el que no había pensado mucho... hasta hoy.

LAS MEDIAS DE LOS FLAMENCOS

by Horacio Quiroga 1918

En un gran baile de animales, los flamencos se meten en un gran problema.

Mientras lees, escribe lo que hacen los flamencos a lo largo de la historia.



"Flamencos Francia" by fxxu is licensed under CC0.

[1]Cierta vez las víboras dieron un gran baile. Invitaron a las ranas y a los sapos, a los flamencos, y a los yacarés¹ y a los peces. Los peces, como no caminan, no pudieron bailar; pero siendo el baile a la orilla del río, los peces estaban asomados a la arena, y aplaudían con la cola.

Los yacarés, para adornarse bien, se habían puesto en el pescuezo un collar de plátanos, y fumaban cigarrillos paraguayos. Los sapos se habían pegado escamas de peces en todo el cuerpo, y caminaban meneándose, como si nadaran. Y cada vez que pasaban muy serios por la orilla del río, los peces les gritaban haciéndoles burla.

Las ranas se habían perfumado todo el cuerpo, y caminaban en dos pies. Además, cada una llevaba colgada, como un farolito, una luciérnaga que se balanceaba.

Pero las que estaban hermosísimas eran las víboras. Todas, sin excepción, estaban vestidas con traje de bailarina, del mismo color de cada víbora. Las víboras coloradas llevaban una pollerita² de tul³ colorado; las verdes, una de tul verde; las amarillas, otra de tul amarillo; y las yacarás⁴, una pollerita de tul gris pintada con rayas de polvo de ladrillo y ceniza, porque así es el color de las yacarás.

[5]Y las más espléndidas de todas eran las víboras de coral, que estaban vestidas con larguísimas gasas rojas, blancas y negras, y bailaban como serpentinas. Cuando las víboras danzaban y daban vueltas apoyadas en la punta de la cola, todos los invitados aplaudían como locos.

Sólo los flamencos, que entonces tenían las patas blancas, y tienen ahora como antes la nariz muy gruesa y torcida, sólo los flamencos estaban tristes, porque como tienen muy poca inteligencia, no habían sabido cómo adornarse. Envidiaban el traje de todos, y sobre todo el de las víboras de coral. Cada vez que una víbora pasaba por delante de ellos, coqueteando y haciendo ondular las gasas de serpentinas, los flamencos se morían de envidia.

Un flamenco dijo entonces:

—Yo sé lo que vamos a hacer. Vamos a ponernos medias coloradas, blancas y negras, y las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

Y levantando todos juntos el vuelo, cruzaron el río y fueron a golpear en un almacén del pueblo.

[10]—¡Tan-tan! —pegaron con las patas.

—¿Quién es? —respondió el almacenero.

—Somos los flamencos. ¿Tienes medias coloradas, blancas y negras?

—No, no hay —contestó el almacenero—. ¿Están locos? En ninguna parte van a encontrar medias así.

Los flamencos fueron entonces a otro almacén.

[15]—¡Tan-tan! ¿Tienes medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero contestó:

—¿Cómo dice? ¿Coloradas, blancas y negras? No hay medias así en ninguna parte. Ustedes están locos. ¿Quiénes son?

—Somos los flamencos— respondieron ellos.

Y el hombre dijo:

[20]—Entonces son con seguridad flamencos locos.

Fueron a otro almacén.

—¡Tan-tan! ¿Tienes medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero gritó:

—¿De qué color? ¿Coloradas, blancas y negras? Solamente a pájaros narigudos como ustedes se les ocurre pedir medias así. ¡Váyanse en seguida!

[25]Y el hombre los echó con la escoba.

Los flamencos recorrieron así todos los almacenes, y de todas partes los echaban por locos.

Entonces un tatú,⁵ que había ido a tomar agua al río, se quiso burlar de los flamencos y les dijo, haciéndoles un gran saludo:

—¡Buenas noches, señores flamencos! Yo sé lo que ustedes buscan. No van a encontrar medias así en ningún almacén. Tal vez haya en Buenos Aires, pero tendrán que pedir las por encomienda postal. Mi cuñada, la lechuza, tiene medias así. Pídanse las, y ella les va a dar las medias coloradas, blancas y negras.

Los flamencos le dieron las gracias, y se fueron volando a la cueva de la lechuza. Y le dijeron:

[30]—¡Buenas noches, lechuza! Venimos a pedirte las medias coloradas, blancas y negras. Hoy es el gran baile de las víboras, y si nos ponemos esas medias, las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

—¡Con mucho gusto! —respondió la lechuza—. Esperen un segundo, y vuelvo en seguida.

Y echando a volar, dejó solos a los flamencos; y al rato volvió con las medias. Pero no eran medias, sino cueros de víboras de coral, lindísimos cueros recién sacados a las víboras que la lechuza había cazado.

—Aquí están las medias —les dijo la lechuza—. No se preocupen de nada, sino de una sola cosa: bailen toda la noche, bailen sin parar un momento, bailen de costado, de cabeza, como ustedes quieran; pero no paren un momento, porque en vez de bailar van entonces a llorar.

Pero los flamencos, como son tan tontos, no comprendían bien qué gran peligro había para ellos en eso, y locos de alegría se pusieron los cueros de las víboras como medias, metiendo las patas dentro de los cueros, que eran como tubos. Y muy contentos se fueron volando al baile.

[35] Cuando vieron a los flamencos con sus hermosísimas medias, todos les tuvieron envidia. Las víboras querían bailar con ellos únicamente, y como los flamencos no dejaban un instante de mover las patas, las víboras no podían ver bien de qué estaban hechas aquellas preciosas medias.

Pero poco a poco, sin embargo, las víboras comenzaron a desconfiar. Cuando los flamencos pasaban bailando al lado de ellas, se agachaban hasta el suelo para ver bien.

Las víboras de coral, sobre todo, estaban muy inquietas. No apartaban la vista de las medias, y se agachaban también tratando de tocar con la lengua las patas de los flamencos, porque la lengua de las víboras es como la mano de las personas. Pero los flamencos bailaban y bailaban sin cesar, aunque estaban cansadísimos y ya no podían más.

Las víboras de coral, que conocieron esto, pidieron en seguida a las ranas sus farolitos, que eran bichitos de luz, y esperaron todas juntas a que los flamencos se cayeran de cansados.

Efectivamente, un minuto después, un flamenco, que ya no podía más, tropezó con un yacaré, se tambaleó y cayó de costado. En seguida las víboras de coral corrieron con sus farolitos y alumbraron bien las patas del flamenco. Y vieron qué eran aquellas medias, y lanzaron un silbido que se oyó desde la otra orilla del Paraná.⁶

[40]—¡No son medias! —gritaron las víboras—. ¡Sabemos lo que es! ¡Nos han engañado! ¡Los flamencos han matado a nuestras hermanas y se han puesto sus cueros como medias! ¡Las medias que tienen son de víboras de coral!

Al oír esto, los flamencos, llenos de miedo porque estaban descubiertos, quisieron volar; pero estaban tan cansados que no pudieron levantar una sola pata. Entonces las víboras de coral se lanzaron sobre ellos, y enroscándose en sus patas les deshicieron a mordiscones las medias. Les arrancaron las medias a pedazos, enfurecidas, y les mordían también las patas, para que murieran.

Los flamencos, locos de dolor, saltaban de un lado para otro, sin que las víboras de coral se desenroscaran de sus patas. Hasta que al fin, viendo que ya no quedaba un solo pedazo de medias, las víboras los dejaron libres, cansadas y arreglándose las gasas de sus trajes de baile.

Además, las víboras de coral estaban seguras de que los flamencos iban a morir, porque la mitad, por lo menos, de las víboras de coral que los habían mordido eran venenosas.

Pero los flamencos no murieron. Corrieron a echarse al agua, sintiendo un grandísimo dolor. Gritaban de dolor, y sus patas, que eran blancas, estaban entonces coloradas por el veneno de las víboras. Pasaron días y días, y siempre sentían terrible ardor en las patas, y las tenían siempre de color de sangre, porque estaban envenenadas.

[45] Hace de esto muchísimo tiempo. Y ahora todavía están los flamencos casi todo el día con sus patas coloradas metidas en el agua, tratando de calmar el ardor que sienten en ellas.

A veces se apartan de la orilla, y dan unos pasos por tierra, para ver cómo se hallan. Pero los dolores del veneno vuelven en seguida, y corren a meterse en el agua. A veces el ardor que sienten es tan grande, que encogen una pata y quedan así horas enteras, porque no pueden estirla.

Esta es la historia de los flamencos, que antes tenían las patas blancas y ahora las tienen coloradas. Todos los peces saben por qué es, y se burlan de ellos. Pero los flamencos, mientras se curan en el agua, no pierden ocasión de vengarse, comiéndose a cuanto pececito se acerca demasiado a burlarse de ellos.

HARPER – KOEHL

DÍA DE EXAMEN

by Henry Slesar 1958

Los Jordan nunca hablaron del examen hasta que su hijo, Dickie, tuvo doce años. La Sra. Jordan mencionó el tema por primera vez el día de su cumpleaños y el tono ansioso de su voz hizo que su esposo respondiera de modo brusco.

—Olvídalo —le dijo—. Lo va a hacer bien.

Ellos estaban en la mesa de desayuno y el niño los miró desde su lugar con curiosidad. Él era un pequeño de ojos atentos y cabello rubio lacio. Tenía modos rápidos y nerviosos. No entendía a qué se debía esa repentina tensión. Pero sabía que hoy era su cumpleaños y quería armonía por sobre todas las cosas. En algún lugar del pequeño apartamento había paquetes envueltos y adornados con cintas que esperaban ser abiertos. Y en la pequeña cocina había algo tibio y dulce cociéndose en el horno. Él quería que el día fuera feliz y la humedad en los ojos de su madre, el ceño fruncido en el rostro de su padre, arruinaban el ánimo de expectativa palpitante con la cual había comenzado la mañana.

—¿Qué examen? —preguntó.

[5]Su madre miró el mantel.

—Es solo algo así como un examen que el servicio de inteligencia del gobierno les da a los niños cuando cumplen doce años. Tú lo harás la semana próxima. Nada de qué preocuparse.

—Quieres decir, ¿un examen como los de la escuela?

—Algo así —dijo su padre levantándose de la mesa—. Ve y lee tus historietas, Dickie.

El niño se levantó y fue hacia el lugar de la sala que había sido “su” rincón desde que era pequeño. Tocó la última revista de historietas de la pila, pero parecía desinteresado en los coloridos cuadros del relato. Merodeaba la ventana y miraba con aire sombrío el velo de bruma que envolvía el vidrio.

[10]—¿Por qué tenía que llover hoy? —dijo—. ¿Por qué no pudo llover mañana?

Su padre, tirado en ese momento en el brazo del sofá con el periódico de gobierno, hizo sonar las hojas con disgusto:

—Porque es simplemente lo que sucede, eso es todo. La lluvia hace que el césped crezca.

—¿Por qué, papá?

—Porque es así.

[15]Dickie frunció la frente.

—¿Qué es lo que lo hace verde, entonces? ¿El césped?

—Nadie lo sabe —dijo de repente. Inmediatamente luego se arrepintió por su brusquedad.

Más tarde ese día, era el momento del cumpleaños otra vez. Su madre estaba radiante mientras le entregaba paquetes de colores alegres e incluso su padre logró una sonrisa mientras le despeinaba el cabello. Él le dio un beso a su madre y le dio la mano con fuerza a su papá. Luego trajeron la torta y terminaron las ceremonias.

Una hora después, sentado cerca de la ventana, él miraba el sol abrirse paso entre las nubes.

[20]—Papá —dijo— ¿qué tan lejos está el sol?

—Cinco mil millas —dijo su papá.

Dickie se sentó en la mesa de desayuno y otra vez vio que su madre tenía los ojos húmedos. Él no relacionó sus lágrimas con el examen hasta que su padre de repente volvió a tocar el tema.

—Bien, Dickie —dijo con el ceño fruncido de un modo muy masculino— tienes una cita hoy.

—Lo sé papá. Espero...

[25]—Ahora, esto no es nada de qué preocuparse. Miles de niños hacen este examen todos los días. El gobierno quiere saber qué tan inteligente eres, Dickie. Eso es todo.

—Tengo buenas notas en la escuela —dijo vacilante.²

—Esto es diferente. Este es un tipo de examen especial. Ellos te dan una cosa para tomar, verás, y luego vas a una sala donde hay algo así como una máquina.

—¿Qué cosa para tomar? —dijo Dickie.

—No es nada. Tiene gusto a menta. Es solo para asegurarse de que respondas las preguntas con sinceridad. No es que el gobierno piense que no dirás la verdad, es que solo quiere asegurarse.

[30]La cara de Dickie mostró desconcierto y un poco de miedo. Él miró a su madre y ella gesticuló una dudosa sonrisa.

—Todo va a estar bien —dijo ella.

—Por supuesto que así será —dijo su padre—. Tú eres un buen chico, Dickie. Lo harás bien. Luego, regresaremos a casa y celebraremos. ¿De acuerdo?

—Sí, señor —dijo Dickie.

Entraron al Edificio de Educación del Gobierno quince minutos antes de la hora indicada. Cruzaron los pisos de mármol del gran vestíbulo con columnas, pasaron debajo del arco e ingresaron a un ascensor que los llevó hasta el cuarto piso. Había allí un hombre joven que usaba una túnica sin insignia,³ sentado en un escritorio reluciente frente a la sala 404. Él sostenía un portapapeles en su mano y verificaba la lista hasta la letra J y permitió que los Jordan pasaran.

[35]La sala era tan fría y oficial como una corte, con largas mesas de metal con bancos en los laterales. Había varios padres e hijos ya allí y una mujer con labios delgados y con cabello negro recortado pasaba hojas de papel.

El Sr. Jordan los completó y los entregó al oficial. Luego le dijo a Dickie:

—No tardará mucho. Cuando ellos digan tu nombre, solo ve y cruza la puerta al final de la sala.

Él señaló el portal con su dedo.

Un parlante escondido crujió y llamó el primer nombre. Dickie vio que un niño dejaba a su padre de mala gana y caminaba lentamente hacia la puerta.

[40]A las once menos cinco, dijeron el nombre Jordan.

—Buena suerte, hijo —dijo su padre sin mirarlo—. Te llamaré cuando el examen termine.

Dickie caminó hacia la puerta y giró el picaporte. Adentro la sala era oscura y él casi podía identificar los rasgos del asistente con túnica gris que lo saludó.

—Siéntate —le dijo el hombre suavemente. Él señaló un banco alto junto a su escritorio—. ¿Tu nombre es Richard Jordan?

—Sí, señor.

[45]—Tu número de clasificación es 600-115. Bebe esto, Richard.

Tomó el vaso de plástico del escritorio y se lo dio al niño. El líquido que tenía dentro tenía la consistencia de suero de leche y apenas sabía a la menta prometida. Dickie lo tragó y le dio al hombre el vaso vacío.

Él se sentó en silencio, sintiéndose somnoliento,⁴ mientras el hombre escribía ocupado en una hoja de papel. Luego, el asistente miró su reloj y se levantó para pararse solo a pulgadas de la cara de Dickie. Él se desabrochó un objeto similar a una lapicera del bolsillo de su túnica y encendió una pequeña luz hacia los ojos del niño.

—Bien —dijo—. Ven conmigo, Richard.

Él condujo a Dickie hacia el final de la sala, donde un único sillón de madera miraba hacia una máquina con varios marcadores. Había un micrófono en el brazo izquierdo del sofá y cuando el chico se sentó notó que estaba justo ante su boca.

[50]—Ahora, solo relájate, Richard. Se te van a hacer algunas preguntas y las vas a pensar cuidadosamente. Luego, da tus respuestas al micrófono. La máquina se encargará del resto.

—Sí, señor.

—Te voy a dejar solo ahora. Cuando quieras comenzar, solo di “listo” al micrófono.

—Sí, señor.

El hombre le tomó el hombro y lo dejó.

[55]Dickie dijo, “listo”.

Aparecieron unas luces en la máquina y un mecanismo hizo un zumbido. La voz dijo: —Completa esta secuencia: Uno, cuatro, siete, diez...

El señor y la señora Jordan estaban en la sala sin hablar, ni siquiera especulaban.⁵

Eran casi las cuatro de la tarde cuando sonó el teléfono. La mujer intentó alcanzarlo primero, pero su esposo fue más rápido.

—¿Señor Jordan?

[60]La voz era cortada: una voz oficial y rápida.

—Sí, él habla.

Es el Servicio Educativo del Gobierno. Su hijo, Richard M Jordan, Clasificación 600—115 ha terminado el examen del gobierno. Lamentamos informarle que su cociente de inteligencia⁶ se encuentra por encima de la regulación del gobierno, según la Regla 84 de la Sección 5 del Nuevo Código.

Del otro lado de la sala, la mujer lloró, sin tener más información que la emoción que transmitió el rostro de su esposo.

—Usted debe especificar por teléfono —dijo la voz— si quiere que su cuerpo sea sepultado⁷ por el gobierno o si le gustaría tener un lugar de sepultura privado. El costo del entierro del gobierno es de diez dólares.

KRZYPKOWSKI - MILLER

PERROS Y LIEBRES

by Joaquín Collantes 2004

Los animales silvestres se enfrentan a una amenaza que llega todos los años al bosque.

Mientras lees, subraya todas las acciones que toman los personajes.



—¡Que vienen! ¡Que vienen! —gritó la cigüeña.

—¡Que vienen! ¡Que vienen! —gritaron todos.

Y en un momento, todos los animales que estaban tomando el sol en la pradera corrieron a refugiarse en sus escondites secretos del bosque. Se asustaron, pero tampoco tanto, porque esperaban la noticia al estar avisados de que acababa de abrirse la temporada de caza.

—La veda es un invento con el que los humanos tratan de justificarse diciendo que está pensada para protegernos. Es una disposición¹ legal que permite a los animales racionales, que se llaman ellos pero que no lo son tanto, matar a su antojo durante una temporada a los que llaman animales irracionales, es decir a aquellos animales que ellos (que a todo le ponen el nombre que les conviene) llaman “caza”. —estaba diciendo en aquel momento don Búho, el profesor de la escuela del bosque, a sus alumnos. Y continuó explicando— Así, cuando nace uno de nosotros, lo primero que pregunta a su madre en cuanto sabe hablar es: Mamá, ¿soy caza? Y su madre responde sí o no, según el caso. Aunque en el caso de que conteste no, tampoco tendrá mucha suerte ya que será considerado por los humanos como animal doméstico o como animal salvaje. Y ya sabéis que los animales domésticos son los que trabajan, o sirven de alimento o compañía para los humanos. En cuanto a los animales salvajes, pero salvajes de verdad, no como nosotros que somos poco salvajes, tienen bastantes probabilidades de convertirse en caza, o en domesticado, categoría humillante para un animal salvaje que lo llevará a un circo o a ser prisionero de por vida en un zoológico, que es como los humanos llaman al lugar donde nos encierran. Bueno, fijaos si serán irracionales los racionales que, a matarse entre ellos, en vez de caza, lo llaman guerra. ¿Lo habéis entendido?

[5]—¡¡Síííí!! —contestaron los alumnos de don Búho, mientras que, en la última fila, sin enterarse de lo que el profesor había dicho, un sapo le decía a una rana: a ver, si 3 sapos cazan 3 moscas en 3 minutos, ¿cuánto tardarán 30 sapos en cazar 30 moscas? Pero la rana no pudo contestar porque don Búho, al darse cuenta de que no se habían enterado de lo que había explicado, les interrumpió preguntando:

—¿Vosotros también?

—Sí, claro..., por supuesto, claro que sí..., perfectamente —contestó el sapo, que es lo que contesta siempre un alumno cuando no se ha enterado de nada.

Aquella mañana estaba prevista la intervención de don Cuervo Negrovsky, que había venido de Centro Europa y había sido testigo de dos o tres guerras en los distintos países de los que había tenido que salir huyendo, y que disertaría² ante los alumnos de don Búho sobre “La irracionalidad de los racionales” cuando el aviso de la cigüeña llegó hasta ellos:

—¡Que vienen! ¡Que vienen!

[10]Así que corrieron a esconderse en el refugio de la escuela.

Mientras bajaban corriendo las escaleras iluminadas por don Luciérnago y su familia, uno de los alumnos le preguntó a don Búho:

—¿Y por qué los perros colaboran con los cazadores contra nosotros?

—Pobrecillos, no les culpes —contestó el profesor jadeando— Son animales domésticos y domesticados; el colmo, vamos. Se limitan a hacer lo que les han enseñado. Venga, tú corre que mañana hablaremos de eso en clase.

La cigüeña, desde su casa-observatorio situada en lo alto del campanario de la iglesia del pueblo, vigilaba atenta desde que los principales afectados por el final de la veda, es decir: conejos, liebres, perdices y codornices de la zona, le dijeron: Atención, que deben de estar al caer.

[15]Así que, aquella mañana, al ver que se acercaban cuatro coches desconocidos al pueblo, no lo dudó ni un instante y, desplegando sus alas y estirando el cuello y las patas, se lanzó al vacío para volar en círculos sobre los campos que rodeaban el pueblo gritando su aviso.

Los cazadores contemplaron sus evoluciones³ desde sus coches, y uno de ellos dijo:

—Que majestuosamente vuelan las cigüeñas, ¿verdad? Son preciosas.

—Sí, es una pena que no las podamos cazar —añadió otro de los cazadores, demostrando la sensibilidad que su mirada reflejaba.

Las perdices y las codornices, confiando en que los humanos pensaban que no volaban alto, se refugiaron en los árboles más altos y frondosos del bosque, mientras que las liebres y los conejos se escondían en su red de túneles que desembocaban en una gran sala común llena de zanahorias, por si la espera se hacía larga.

[20]Doña Liebre Carreras, familiar por vía lejana de un gran tenor⁴ catalán,⁵ la liebre más veterana⁶ del grupo, trató de tranquilizar a sus amigos diciendo:

—No os asustéis, que no es para tanto. Contra las armas y la brutalidad de los humanos nosotros tenemos la inteligencia.

—Pero ellos son más inteligentes que nosotros puesto que han inventado las escopetas —argumentó uno de los conejos.

—Pues precisamente por eso demuestran que, de inteligentes, nada. ¡Vaya inteligencia, inventar un artilugio para matar! Nosotros en cambio, nos reímos de ellos con nuestra rapidez, agilidad e inteligencia.

—Tú, a los únicos que les tienes que tener miedo es a los galgos y a los podencos. Corred en cuanto los veáis, acordaos del cuento. Los demás perros tampoco corren tanto, como hoy vamos a demostrar, ya que les vamos a dar una buena sorpresa.

[25]Ante la mirada interrogante de todos los que rodeaban a doña Liebre Carreras, ésta presentó a dos liebres que estaban a su derecha:

-Tengo el placer de presentaros a Cien Metros Lisos y a Corre Corre que te Pillo, dos liebres que acaban de venir a vivir con nosotros y que son campeonas olímpicas.

Un murmullo de admiración se levantó de entre los presentes, que acabaron preguntando:

—¿Campeonas olímpicas? ¿De qué?

—Yo de 1.000 metros vallas con 5 perros detrás, y mi compañera de 10.000 metros con obstáculos, es decir, escopetas disparándole cada 500 metros. Salimos en primera plana del “Marca”.

[30]Y las dos mostraron sus medallas de oro que despertaron la admiración de los que las rodeaban.

—Así que, como os decía —dijo doña Liebre Carreras— hoy nos vamos a reír un rato de los perros. La cigüeña nos ha dicho que hoy viene con los cazadores la famosa Tara, una perra campeona, pero no tanto como nuestras amigas las liebres que hoy le van a dar una buena lección.

—Sí, hemos entrenado toda la semana y estamos en plena forma, ¿verdad? —dijo Cien Metros Lisos.

—Verdad —contestó Corre Corre que te Pillo, haciendo flexiones.

—Muy bien pues mientras vosotras os reís un rato de Tara y de los cazadores, yo calcularé en esta pizarra las características de la carrera, según los datos de que dispongo.

[35]En ese momento se armó un pequeño revuelo a la entrada del refugio, pero todos se tranquilizaron al ver que entraban don Búho y sus alumnos que, enterados de que doña Liebre Carreras iba a calcular un problema, se incorporaron para no perder clase.

—Muy bien. ¡Vamos allá! —exclamaron las liebres corredoras, y salieron del refugio seguidas de todas las liebres y los conejos dispuestos a animarlas.

En cuanto se quedaron solos, la liebre se dirigió a los alumnos de don Búho y les dijo:

—A ver cómo os las arregláis para resolver este problema, tomad nota: una liebre corre delante de un perro...

—¿Cuál de las dos? —preguntó un topo, interrumpiendo la explicación.

[40]—Lo mismo da. La que tú quieras. Así que repito: una liebre corre delante de un perro y le lleva 60 saltos de ventaja...

—¿Cuántos? ... 40 —pregunto un erizo.

—No, 60. Y no me interrumpáis más. Continúo: La liebre da 4 saltos mientras que el perro da 3, pero el perro en 5 saltos avanza tanto como la liebre en 8 saltos.

—Pero, ¿alcanza el perro a la liebre? —pregunta una ardilla muy preocupada.

—No seas tonta, esto es sólo un problema —dice don Búho.

[45]—Pero, ¿la alcanza o no la alcanza? —vuelve a preguntar la ardilla, a punto de echarse a llorar.

—Espera que termino el enunciado del problema. Ahora pregunto: ¿Cuántos saltos tiene que dar el perro para alcanzar a la liebre?

—Pero, ¿la alcanza?

—Oye, estás hoy muy pesadita, ¿sabes? —le dice don Búho a la ardilla preguntona.

En la última fila, la rana, como siempre, no se ha enterado de nada, aunque esta vez sea porque está intentando calcular cuánto tardarían los 30 sapos en cazar 30 moscas.

[50]Mientras tanto, arriba, al aire libre, en el límite del bosque con la pradera, todos sus habitantes, bien escondidos, observan cómo Cien Metros Lisos sale a descubierto gritando:

—¡Eh! ¡Tú! Tara, ¿a que no me coges?

Y antes de que la perra reaccione, la liebre sale disparada como una flecha, jaleada por sus amigos y admiradores, iniciando una carrera con una ventaja de 60 saltos sobre Tara.

MIZRAHI - RODRIGUEZ-SAENZ

EL REY DE LAS RANAS

by Rossana Favero-Karunaratna 2012

Érase una vez una pequeña rana que solía ir a jugar cerca de una laguna pequeña. El lugar era realmente hermoso, con vegetación de un verde intenso y bellas mariposas jugueteando con sus alas. Pero a la rana de nuestro cuento no le interesaba este entorno ya que sólo le encantaba contemplar su reflejo. Solía quedarse en este lugar durante unas horas para luego regresar a su casa.

“¡Qué guapo soy!”, repetía la rana. “Me veo encantador, exquisito,¹ fino, gentil,² noble, agraciado, atractivo, valeroso... ¡Y por supuesto inteligente!” Las otras ranas no lo comprendían. Siempre estaban llamándolo para hacer algo como ayudarles a construir una casa para las ranas más pequeñas o cazar insectos. Nuestra rana tenía cosas más importantes que hacer como preocuparse por lucir bien, mejor que todas. Así se pasaba los días pensando mientras buscaba y rebuscaba su imagen en el reflejo del agua, hasta que llegó a la conclusión de que realmente era un rey (no podía ser de otra manera) que había sido víctima del hechizo de una bruja. Por eso era diferente. Pensar en su fatal destino le hacía sentirse tan triste que las lágrimas caían como cascadas de sus ojos, confundiendo con el agua de la laguna.

¡Qué suerte la suya!

Un día oyó una voz que lo llamaba en voz baja: —Oye, ranita, ¿por qué estás tan triste? ¿por qué lloras? Soy un hada que vive en esta laguna y no puedo evitar escuchar tus lamentos.

[5]—¡Querida hada! Soy un rey que sufrió un hechizo y se convirtió en una rana. Yo lo sé, es verdad, pero siento que no hay nada que pueda cambiar mi suerte. Mi tragedia es que mi lugar no está aquí entre las otras ranas. Yo pertenezco a otro mundo.

—Ranita, la verdad es que lloras todo el tiempo sin parar y me has conmovido.³ Quiero ayudarte. Ven a la medianoche a esta misma laguna, y voy a romper el hechizo. Si en ese momento logras ver la cara de un rey, entonces podrás recuperar tu forma humana.

—¡Gracias, muchas gracias! Voy a estar aquí, puntualmente, a la medianoche.

La rana estaba tan emocionada que apenas regresó a su casa comenzó a prepararse para la ocasión. Pero estaba tan nerviosa que no pudo tomar una siesta y justo antes de medianoche ... se quedó dormida.

Al día siguiente, cuando fue a la laguna se sentía terrible.

[10]—¿Qué te pasó mi querida rana? —dijo el hada —Estuve esperando y nunca llegaste.

—¡Ay, hada, ya sabes, me sentía tan emocionada que no pude dormir! Me puse a pensar en lo que sería mi vida como un rey. Tendría que levantarme muy temprano para ser el primero de los habitantes del reino en ver el sol. Luego de mi baño, mis sirvientes se preocuparían por preparar los más deliciosos platillos para un succulento⁴ desayuno a fin de proporcionarme las energías para empezar el día. A la hora del almuerzo nuevos platillos serían preparados para mi exquisito paladar. El cocinero del reino tendrá que ser elegido luego de muchas pruebas ya que es un puesto muy importante y pensé que tendría que convocar a un concurso para preparar un plato de mi agrado. Pensando en ello creo que fue en ese momento que mis ojos no pudieron resistir y me quedé dormida. Dame otra oportunidad, ¡por favor, por favor!

—Mmmm... Bueno, querida ranita. Te daré otra oportunidad. Ven mañana, pero al mediodía.

—Gracias, gracias. Estaré aquí a la hora que usted diga.

La rana regresó a su casa, pero en el camino se encontró con su amiga la ranita cocinera que vivía al otro lado de la laguna. Su amiga, contenta de verla, la invitó a probar los deliciosos potajes⁵ que había preparado ese día. La rana de nuestro cuento recordó que no había comido nada y que con tanto imaginar succulentos platillos estaba sintiendo mucha hambre, así que aceptó gustosa la invitación. Comió tanto que durmió, durmió y durmió. Llegó a la laguna a las 2 de la tarde.

[15]—Oh, querida hada, por favor dame otra oportunidad... He estado tan ocupada en preparar todo para este momento que perdí la noción del tiempo, y hasta me olvidé de comer —se excusó diciendo mentiras sin pensar que el hada lo sabría—. Te prometo que la próxima vez voy a estar aquí a la hora indicada sin fallar.

—Mi ranita querida, vuelve a tu casa ya que sólo eres una pequeña rana pretendiendo ser lo que no eres. Si fueras realmente un rey serías prudente y responsable, pero has demostrado que no lo eres. Regresa a tu casa y ponte a pensar en lo que te digo.

—Pero yo soy un rey —insistió la rana no muy convencida.

—Mi querida ranita, piensa en lo que significa ser rey: reconocer tus propios errores y debilidades para poder ser mejor.

Cuando el hada desapareció, la ranita volvió junto a la laguna a mirar su reflejo y comenzó a entender lo que le estaba pasando. No era cuestión de cambiar de forma física sino de forma de ser y eso no era asunto de magia.

[20]A partir de ese momento, la ranita nunca más pasó las horas junto a la laguna y los que la veían no podían dar crédito a sus ojos.

Se transformó en un torbellino de energía y de trabajo. Se despertaba temprano y salía a correr feliz, milla tras milla.⁶ Siempre estaba dispuesta a ayudar sin esperar que se lo pidieran, fue un voluntario más que construyó viviendas para aquellas ranitas que por su edad o condición no tenían adonde ir y como si eso no bastara, les enseñó a comer mejor y a hacer ejercicios para mantenerse saludables.

Como se levantaba temprano pudo apreciar la belleza de la mañana, la luz del sol y todo lo que la rodeaba, sobretodo los árboles con sus diferentes colores y tamaños. Todo parecía estar conectado, por lo que había que proteger y cuidar el medio ambiente. La ranita comprendió que todo y todos eran importantes y poco a poco convirtió a la región entera en una comunidad próspera y feliz.

Con el tiempo, la ranita fue elegida por votación popular como rey, querido y admirado por todos.

Oculto en la copa de uno de los árboles, el hada se sintió orgullosa de lo que veía. Y sonriendo se alejó, porque “todo estaba en buenas manos”.

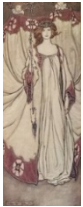
ROESSNER - ZIVCAKOVA

EL VELO DE LA REINA MAB

by Rubén Darío 1888

Rubén Darío es un escritor, periodista y diplomático nicaragüense (1867-1916) considerado como el creador y uno de los máximos exponentes de la corriente literaria del modernismo español.

Mientras lees, identifica las actitudes que tienen cada uno de los artistas que identificas.



La reina Mab,¹ en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros² de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una boardilla³ donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes, lamentándose como unos desdichados.

Por aquel tiempo, las hadas habían repartido sus dones a los mortales. A unos habían dado las varitas misteriosas que llenan de oro las pesadas cajas del comercio; a otros unas espigas maravillosas que al desgranarlas colmaban las trojes⁴ de riquezas; a otros unos cristales que hacían ver en el riñón de la madre tierra oro y piedras preciosas; a quiénes cabelleras espesas y músculos de Goliat, y mazas enormes para machacar el hierro encendido; y a quiénes talones fuertes y piernas ágiles para montar en las rápidas caballerías que se beben el viento y que tienden las crines en la carrera.

Los cuatro hombres se quejaban. Al uno le había tocado en suerte una cantera, al otro el iris,⁵ al otro el ritmo, al otro el cielo azul.

La reina Mab oyó sus palabras. Decía el primero:

[5]—¡Y bien! ¡Heme aquí en la gran lucha de mis sueños de mármol! Yo he arrancado el bloque y tengo el cincel. Todos tenéis, unos el oro, otros la armonía, otros la luz; yo pienso en la blanca y divina Venus, que muestra su desnudez bajo el plafón color de cielo. Yo quiero dar a la masa la línea y la hermosura plástica; y que circule por las venas de la estatua una sangre incolora como la de los dioses. Yo tengo el espíritu de Grecia en el cerebro y amo los desnudos en que la ninfa huye y el fauno tiende los brazos. ¡Oh, Fidias!⁶ Tú eres para mí soberbio y augusto como un semidiós, en el recinto de la eterna belleza, rey ante un ejército de hermosuras que a tus ojos arrojan el magnífico quitón⁷ mostrando la esplendidez de la forma en sus cuerpos de rosa y de nieve.

“Tú golpeas, hieres y domas el mármol, y suena el golpe armónico como un verso, y te adula la cigarra, amante del sol, oculta entre los pámpanos de la viña virgen. Para ti son los Apolos rubios y luminosos, las Minervas severas y soberanas. Tú, como un mago, conviertes la roca en simulacro y el colmillo del elefante en copa del festín. Y al ver tu grandeza siento el martirio de mi pequeñez. Porque pasaron los tiempos gloriosos. Porque tiemblo ante las miradas de hoy. Porque contemplo el ideal inmenso y las fuerzas exhaustas. Porque, a medida que cincelo el bloque, me ataraza⁸ el desaliento.”

Y decía el otro:

—Lo que es hoy romperé mis pinceles. ¿Para qué quiero el iris y esta gran paleta del campo florido, si a la postre mi cuadro no será admitido en el salón? ¿Qué abordaré? He recorrido todas las escuelas, todas las inspiraciones artísticas. He pintado el torso de Diana y el rostro de la Madona. He pedido a las campiñas sus colores, sus matices; he adulado⁹ a la luz como a una amada, y la he abrazado como a una querida. He sido adorador del desnudo, con sus magnificencias, con los tonos de sus carnaciones y

con sus fugaces medias tintas. He trazado en mis lienzos los nimbos¹⁰ de los santos y las alas de los querubines. ¡Ah, pero siempre el terrible desencanto! ¡El porvenir! ¡Vender una Cleopatra en dos pesetas para poder almorzar!

“¡Y yo, que podría en el estremecimiento de mi inspiración trazar el gran cuadro que tengo aquí dentro!...”

[10]Y decía el otro:

—Perdida mi alma en la gran ilusión de mis sinfonías,¹¹ temo todas las decepciones. Yo escucho todas las armonías, desde la lira de Terpandro hasta las fantasías orquestales de Wagner. Mis ideales brillan en medio de mis audacias de inspirado. Yo tengo la percepción del filósofo que oye la música de los astros. Todos los ruidos pueden aprisionarse, todos los ecos son susceptibles de combinaciones. Todo cabe en la línea de mis escalas cromáticas.

“La luz vibrante es himno, y la melodía de la selva halla un eco en mi corazón. Desde el ruido de la tempestad hasta el canto del pájaro, todo se confunde y enlaza en la infinita cadencia.¹² Entre tanto, no diviso sino la muchedumbre que befa¹³ y la celda del manicomio.”

Y el último:

—Todos bebemos el agua clara de la fuente de Jonia. Pero el ideal flota en el azul; y para que los espíritus gocen de su luz suprema, es preciso que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel y el que es de oro, y el que es de hierro candente. Yo soy el ánfora del celeste perfume: tengo el amor. Paloma, estrella, nido, lirio, vosotros conocéis mi morada. Para los vuelos inconmensurables¹⁴ tengo alas de águila que parten a golpes mágicos el huracán. Y para hallar consonantes, los busco en dos bocas que se juntan; y estalla el beso, y escribo la estrofa, y entonces, si veis mi alma, conoceréis a mi musa. Amo las epopeyas, porque de ellas brota el soplo heroico que agita las banderas que ondean sobre las lanzas y los penachos que tiemblan sobre los cascos; los cantos líricos, porque hablan de las diosas y de los amores; y las églogas,¹⁵ porque son olorosas a verbena y a tomillo, y al santo aliento del buey coronado de rosas. Yo escribiría algo inmortal; más me abruma un porvenir de miseria y de hambre.

[15]Entonces la reina Mab, del fondo de su carro hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros, o de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color de rosa. Y con él envolvió a los cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes porque penetró en su pecho la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones a los pobres artistas.

Y desde entonces, en las boardillas de los brillantes infelices, donde flota el sueño azul, se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bailan extrañas farándulas alrededor de un blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito.